

Reflexiones teológico pastorales en torno a la Eucaristía.

Eucaristía: Fuente y cumbre

Comenzábamos nuestro escrito afirmando con la Iglesia que «la celebración de la misa es *el centro de toda la vida cristiana*» (OGMR 1). Volvamos, pues, sobre este tema, una vez que hemos analizado y contemplado las diversas partes de la eucaristía.

Eucaristía y vida cristiana

En todo momento de gracia, el cristiano, muriendo al hombre viejo carnal, vive el hombre nuevo espiritual. Si un cristiano perdona, mata en sí el deseo de venganza y vive la misericordia de Cristo. Si da una limosna, muere al egoísmo y vive la caridad del Espíritu Santo. Si se priva de un placer pecaminoso, toma la cruz y sigue a Cristo. Y así sucede «cada día», en todos y cada uno de los instantes de la vida cristiana: muerte y vida, cruz y resurrección. No se puede participar de la vida divina sin inmolarse al Señor sacrificiamente toda la vida humana, en cuanto está marcada por el pecado: sentimientos y afectos, memoria, entendimiento y voluntad. San Juan de la Cruz es, quizá, quien más profundamente ha explicado este misterio.

Esto significa que toda la vida cristiana es una participación en el misterio pascual de Cristo, que muere y resucita, para salvarnos del pecado y darnos vida divina. De Cristo nos viene, pues, juntamente, la capacidad de morir a la vida vieja, y la posibilidad de recibir la vida nueva y santa. De Él nos viene esta gracia, y no sólo como *ejemplo*, sino como *impulso* que íntimamente nos mueve y vivifica.

Ahora bien, siendo la misa actualización del misterio pascual, es en ella fundamentalmente donde participamos de la muerte y resurrección del Salvador. Por tanto, *de la eucaristía fluye, como de su fuente, toda la vida cristiana, la personal y la comunitaria.* «Todas las obras de la vida cristiana se relacionan con ella, *proceden* de ella y a ella se *ordenan*» (OGMR 1).

Esto nos hace concluir que *la espiritualidad cristiana ha de arraigarse siempre y cada vez más en la eucaristía.* Quiere Dios que haya en la Iglesia diversas espiritualidades, en referencia a un santo fundador, a un cierto estado de vida, a un servicio de caridad predominante. Pero, en todo caso, será *excéntrica* cualquier espiritualidad cristiana concreta que no tenga su centro en el sacrificio de la Nueva Alianza. Y, pasando ya del plano teórico al de los hechos, habrá que reconocer que hay espiritualidades concretas *más o menos centradas en la eucaristía.* Las *más* centradas en el sacrificio eucarístico son las más perfectas, las más conformes a la revelación y a la tradición; las *menos* centradas son las más deficientes. Éstas, al extremo, pueden ser simplemente una falsificación del cristianismo.

Eucaristía y vida sacramental

El concilio Vaticano II nos enseña que *todos los sacramentos «están unidos con la eucaristía y a ella se ordenan,* pues en la sagrada eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo, que por su carne vivificada y vivificante en el Espíritu Santo, da vida a los hombres» (PO 5b).

Todos los sacramentos *contienen* la gracia que significan, y la *confieren* a los fieles que los reciben con buena disposición. «Pero en la eucaristía está el autor mismo de la santidad» (Trento: Denz 876/1639). Y en todos y cada uno de los sacramentos -bautismo, penitencia, etc.-, participa el cristiano de la pasión de Cristo, muriendo al pecado, y de su gloriosa resurrección, renaciendo y viviendo a la vida santa de la gracia.

Eucaristía y Liturgia de las Horas

«La "obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación de Dios" (SC 5b) es realizada por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia no sólo en la celebración de *la eucaristía* y en la administración de *los sacramentos*, sino también, con preferencia a los modos restantes, cuando se celebra *la Liturgia de las Horas*. En ella, Cristo está presente en la asamblea congregada, en la palabra de Dios que se proclama y "cuando la Iglesia suplica y canta salmos" (SC 7a)» (*Ordenación general de la Liturgia de las Horas* 13).

-*Preparación a la eucaristía.* Pues bien, según nos enseña la Iglesia, «*la celebración eucarística halla una preparación magnífica en la Liturgia de las Horas, ya que ésta suscita y acrecienta muy bien las disposiciones que son necesarias para celebrar la eucaristía, como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación*» (*ib.* 12).

-*Extensión de la eucaristía.* Y, por otra parte, «*la Liturgia de las Horas extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias [de la eucaristía], así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, "centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana"*» (*ib.*).

El Misal de los fieles

Estimamos sumamente recomendable el uso habitual del Misal de los fieles. Él pone en nuestras manos las maravillosas oraciones del Ordinario de la misa, especialmente las Plegarias Eucarísticas, y cada día nos ofrece las lecturas bíblicas, las oraciones variables, que van celebrando, con distintas tonalidades, el Año del Señor, sus grandes misterios, las fiestas de los santos.

Es tal la riqueza del *Misal* en doctrina y espiritualidad, que apenas puede ser asimilada, si sólo en el momento de la celebración, entra el fiel en contacto con las oraciones y lecturas, anáforas, antifonas y aclamaciones. Sin embargo, la espiritualidad de los cristianos, sin duda alguna, *debe* buscar y encontrar en el *Misal* y en las *Horas* las fuentes más preciosas de donde mana inagotablemente el Espíritu de Jesucristo y de su Iglesia.

En los años de la renovación litúrgica que precedieron al concilio Vaticano II *se difundieron abundantemente entre los fieles los Misales manuales*, normalmente bilingües. Ellos ayudaron mucho a los fieles a participar en la eucaristía. Pero después del Concilio, una vez traducida la liturgia a las lenguas vernáculas, el uso de esos Misales ha disminuido notablemente. Es, por tanto, muy deseable que todos los hogares cristianos tengan un *Misal* de fieles, como deben tener la *Biblia* o el *Catecismo* de la Iglesia. Y los utilicen, claro.

El culto de la eucaristía fuera de la misa

El pueblo cristiano, con sus pastores al frente, al paso de los siglos, ha ido prestando *un culto siempre creciente a la eucaristía fuera de la misa*: oración ante el Sagrario, exposiciones en la Custodia, procesiones, Horas santas, visitas al Santísimo, asociaciones de Adoración nocturna o perpetua, etc. Esto lo ha ido haciendo la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, que nos conduce «hacia la verdad plena» (+Jn 14,26; 16,13). Con toda verdad dijo Cristo del Espíritu Santo: «Él me glorificará» (Jn 16,14).

Recordemos en esto la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«*El culto de la Eucaristía.* En la liturgia de la misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor. "La Iglesia católica ha dado y continúa dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión" (*Mysterium fidei*)» (1378).

«Es grandemente admirable que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera. Puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental; puesto que iba a ofrecerse en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial del amor con que nos había amado "hasta el extremo" (Jn 13,1), hasta el don de su vida. En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros (+Gál 2,20), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor:

«"La Iglesia y el mundo tienen *una gran necesidad del culto eucarístico*. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración" ([Juan Pablo II], *Dominicae cenae* 3)» (1380).

Todo hace pensar que si Dios le concede a un cristiano la gracia de la comunión diaria, querrá concederle también la gracia de adorarlo diariamente, en una oración más o menos prolongada, ante el sagrario.

La eucaristía, «prenda de la gloria futura»

«¡Oh sagrado banquete (*o sacrum convivium*), en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!». Como dice esta antigua oración de la Iglesia, *la eucaristía es, en efecto, como dice esta antigua oración de la Iglesia, «la anticipación de la gloria celestial»* (*Catecismo* 1402). Es la reunión con Dios y la comunión con los santos. Es, pues, el cielo en la tierra. O si se quiere, es el punto eclesial de tangencia entre la esfera celestial y la esfera terrestre.

El mismo Cristo quiso que la Cena eucarística fuera entendida también como prenda anticipadora del banquete celestial, «hasta que llegue el reino de Dios» (Lc 22,18; +Mt 26,29; +Mc 14,25). Por eso, «cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa, y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1,4). Y en su oración, implora su venida: "Marán athá" (1Cor 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (*Dídaque* 10,6)» (*Catecismo* 1403).

Cada vez que nos reunimos en la eucaristía debe avivarse en nosotros el deseo del cielo, pues la celebramos «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo» (oración después del Padrenuestro; +Tit 2,13). Con frecuencia las oraciones de la misa, especialmente las postcomuniones, piden que cuantos celebran aquí la eucaristía, lleguen a participar «en el banquete del Reino de los cielos». La eucaristía, pues, es como una puerta abierta al más allá celestial. Por eso en ella pedimos al Padre entrar «en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro» (PE III, en misa por difuntos).

«La creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo. Porque es en esperanza como estamos salvados» (Rm 8,22-24). Pues bien, en este tiempo de prueba, paciente y esperanzado, la eucaristía es la anticipación y la prenda más segura de «los cielos nuevos y la tierra nueva» (2Pe 3,13), allí donde, finalmente, «Dios será todo en todas las cosas» (1Cor 15,28).

María y la eucaristía

Sabemos que, después de la ascensión de nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María fue «acogida en la casa» del apóstol San Juan (Jn 19,27). Como también sabemos que los apóstoles comenzaron a celebrar la eucaristía a partir de Pentecostés. Esto nos hace, por tanto, suponer con base muy cierta que la santísima Virgen participó en la eucaristía cuantas veces pudo hasta el momento de su ascensión a los cielos.

La Virgen María es, pues, indudablemente el modelo perfecto de participación en la misa. Nadie como ella ha vivido la liturgia eucarística como actualización del sacrificio de la cruz. Nadie ha reconocido como ella la presencia de Jesús en los fieles congregados en su Nombre. Nadie como ella ha distinguido la voz de su hijo divino en la liturgia de la Palabra. Nadie ha hecho suyas las oraciones, alabanzas y súplicas de la misa con tanta fe y esperanza, con tanto amor como la Virgen María. Nadie en la misa se ha ofrecido con Cristo al Padre de modo tan total a como ella lo hacía. Nadie ha comulgado el cuerpo de Cristo, ni el mayor de los santos, con el amor de la Virgen Madre. Nadie ha suplicado la paz y la unidad de la santa Iglesia con la apasionada confianza de la Virgen en la misericordia de Dios providente. Nadie, en toda la historia de la Iglesia, ha estado en la misa tan atenta, tan humilde y respetuosa, tan encendida en oración y en amor, como la Madre de la divina gracia.

Conviene, pues, que tomemos a la Virgen María como modelo y como intercesora para adentrarnos más en el misterio eucarístico. Oigamos la Palabra «con la fe de María». Elevemos al Padre la atrevida oración de los fieles «con la esperanza de María». Acerquémonos a comulgar «con el amor de María». Que sea ella, la que estuvo al pie de la Cruz, la que, con la paciencia propia de las madres, nos enseñe a participar más y mejor en la santa misa, sacrificio de la Nueva Alianza.

I Apéndice

Textos eucarísticos primitivos

En el libro de los Hechos, San Lucas atestigua la asidua celebración de la eucaristía en Jerusalén: los que habían creído, «perseveraban en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2,42). El «día primero de la semana» (20,7) era el día más apropiado para la celebración de la eucaristía.

De las formas en que ésta se celebraba tenemos huellas muy valiosas. Además de la breve descripción de la eucaristía que nos ofrece San Pablo hacia el año 55, en 1 Corintios 10,16-17.21; 11,20-34, y a la que ya nos hemos referido más arriba, tenemos otras relaciones de textos muy antiguos.

La Doctrina de los doce apóstoles (Dídaque) (70?)

La *Dídaque* o *Doctrina de los doce apóstoles*, escrita quizá hacia el año 70, es uno de los más antiguos documentos cristianos extrabíblicos. En ella se recogen algunas plegarias de carácter plenamente eucarístico, en las que se describen usos y formas litúrgicas ya vigentes.

«Respecto a la acción de gracias (*eucaristía*), daréis las gracias de esta manera.

«Primeramente, *sobre el cáliz*: Te damos gracias, Padre santo, por la santa viña de David, tu siervo, la que nos has revelado por Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos.

«Luego, *sobre el trozo de pan*: Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos revelaste por medio de Jesús, tu siervo. A ti la honra por los siglos.

«Como este pan partido estaba antes disperso por los montes y, recogido, se ha hecho uno, así *sea reunida tu Iglesia* de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo en los siglos.

«Pero que *nadie coma ni beba* de vuestra eucaristía sin estar bautizado en el nombre del Señor, pues de esto dijo el Señor: "No deis lo santo a los perros" [Mt 7,6].

«Y después de que os hayáis saciado, dad así las gracias:

«*Te damos gracias, Padre santo*, por tu santo Nombre, que hiciste que habitara en nuestros corazones; y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos manifestaste por Jesús, tu siervo. A ti la gloria por los siglos.

«Tú, Señor omnipotente, *creaste* todas las cosas por tu Nombre, y diste a los hombres comida y bebida para su disfrute. Mas a nosotros nos hiciste gracia de comida y bebida espiritual y de vida eterna por *tu Siervo*. Ante todo, te damos gracias porque eres poderoso. A ti la gloria por los siglos.

«*Acuérdate, Señor, de tu Iglesia*, para librarla de todo mal y para perfeccionarla en tu caridad. Y reúnela de los cuatro vientos, ya santificada, en tu reino, que le tienes preparado. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

«Venga la gracia y pase este mundo. *Hosanna* al Dios de David. El que sea santo que se acerque. El que no lo sea, que haga penitencia. *Marán athá*. Amén.

«A los profetas permitidles que den gracias cuantas quieran (*Did.* 9-10).

«Reunidos cada día del Señor, partid el pan y dad gracias, *después de haber confesado vuestros pecados*, para que vuestro sacrificio sea puro. Todo aquel, sin embargo, que tenga contienda con su compañero, no se reuna con vosotros hasta tanto no se hayan reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio. Pues éste es el sacrificio del que dijo el Señor: "En todo lugar y en todo tiempo se me ha de ofrecer un sacrificio puro, dice el Señor, porque soy yo Rey grande, y mi nombre es admirable entre las naciones" [+Mal 1,11-14]» (*Díd.* 14).

San Justino (+163)

El filósofo samaritano Justino, convertido al cristianismo, escribe hacia el 153 su *I Apología* en defensa de los cristianos, dirigida al emperador Antonino Pío, al Senado y al pueblo romano. Y en Roma selló su testimonio con su sangre. En ese texto hallamos una primera descripción de la misa, muy semejante, al menos en sus líneas fundamentales, a la misa actual.

«Nosotros, *después de haber bautizado al que ha creído y se ha unido a nosotros* [bautismo y comunión eclesial], le llevamos a los llamados hermanos, allí donde están reunidos, para rezar fervorosamente las oraciones comunes por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los otros esparcidos por todo el mundo, suplicando se nos conceda, ya que hemos conocido la verdad, ser hallados por nuestras obras hombres de buena conducta, y cumplidores de los mandamientos, de suerte que consigamos la salvación eterna. Acabadas las preces, nos saludamos mutuamente con *el ósculo de paz*. Seguidamente, al que preside entre los hermanos, se le presenta *pan y una copa de agua y de vino*. Cuando lo ha recibido, *alaba y glorifica al Padre* del universo por el nombre de su Hijo y por el Espíritu Santo, y pronuncia una larga acción de gracias, por habernos concedido esos dones que de Él nos vienen. Y cuando el presidente ha terminado las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama, diciendo: "*Amén*". "Amén" significa, en hebreo, "Así sea". Y una vez que el presidente ha dado gracias y todo el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman *diáconos dan a cada uno de los presentes a participar del pan, y del vino y del agua* sobre los que se dijo la acción de gracias, y también lo llevan a los ausentes (*I Apol.* 65).

«Este alimento se llama entre nosotros *eucaristía*; de la que *a nadie es lícito participar, sino* al que [1] cree que nuestra doctrina es verdadera, y que [2] ha sido purificado con el baño que da el perdón de los pecados y la regeneración, y que [3] vive como Cristo enseñó. Porque estas cosas no las tomamos como pan común ni bebida ordinaria, sino que así como Jesucristo, nuestro Salvador, hecho carne por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación; así se nos ha enseñado que, por virtud de la oración al Verbo que de Dios procede, el alimento sobre el que fue dicha la acción de gracias -alimento de que, por transformación, se nutren nuestra sangre y nuestra carne- es *la carne y la sangre de aquel mismo Jesús encarnado*. Pues los apóstoles, en los *Recuerdos* por ellos compuestos llamados *Evangelios*, nos transmitieron que así les había sido mandado, cuando Jesús, habiendo tomado el pan y dado gracias, dijo: «Haced esto en memoria de mí; éste es mi cuerpo» [Lc 22,19; 1Cor 11,24], y que, habiendo tomado del mismo modo el cáliz y dado gracias, dijo: «Ésta es mi sangre» [Mt 26,27]; y que sólo a ellos les dio parte» (66).

«Nosotros, por tanto, después de esta primera iniciación, recordamos constantemente entre nosotros estas cosas, y los que tenemos, socorremos a todos los abandonados, y nos asistimos siempre unos a otros. Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos, *bendecimos al Creador de todo por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo*. Y el día llamado del sol [*el domingo*] se tiene una reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en las ciudades o en los campos, y *se leen*, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos* de los apóstoles o las escrituras de los profetas. Luego, cuando el lector ha acabado, *el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estos buenos ejemplos*. Después nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces; y, como antes dijimos, cuando hemos terminado de orar, se presenta *pan, vino y agua*, y el que preside eleva a Dios, según sus posibilidades, *oraciones y acciones de gracias*, y el pueblo aclama diciendo el "*Amén*". Seguidamente viene *la distribución y participación*, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias, y a los ausentes se les envía por medio de los diáconos. Los que tienen y quieren, cada uno según su libre voluntad, *dan lo que bien les parece*, y lo recogido se entrega al presidente, y él socorre de ello a los huérfanos y las viudas, a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad. Y *celebramos esta reunión general el día del sol*, puesto que es el día primero, en el cual Dios, transformando las tinieblas y la materia, *creó el mundo*, y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, *resucitó* de entre los muertos. Pues un día antes del día de Saturno [sábado] lo crucificaron y un día después del de Saturno, que es el día del sol, se apareció a los apóstoles y discípulos, y nos enseñó estas cosas que he propuesto a vuestra consideración» (67).

San Ireneo (130?-200?)

El obispo de Lión, sede primada de las Galias, San Ireneo, mártir, ve la eucaristía como el sacrificio de Cristo que la Iglesia ofrece siempre el Padre.

«Cristo tomó el pan, que es algo de la creación, y dio gracias, diciendo: "Esto es mi cuerpo". Y de la misma manera afirmó que el cáliz, que es de esta nuestra creación terrena, era su sangre. Y enseñó la nueva oblación del Nuevo Testamento, la cual, recibéndola de los apóstoles, la Iglesia ofrece en todo el mundo a Dios» (*Adversus haereses* 4,17,5).

Traditio apostolica (215?)

El canon eucarístico más antiguo que se conoce es el que se expone en la *Traditio apostolica*, documento escrito probablemente en Roma por San Hipólito (+235). Esta anáfora, de notable plenitud teológica, muy antigua y venerable, y que muestra una tradición litúrgica anterior, tuvo gran influjo en las liturgias de Occidente e incluso de Oriente. En ella está inspirada actualmente la *Plegaria eucarística II*. Y también siguen su pauta las otras plegarias eucarísticas, por ejemplo, en el solemne diálogo inicial del prefacio.

«Ofrézcanle los diáconos [al ordenado obispo] la oblación, y él, imponiendo las manos sobre ella con todos los presbíteros, dando gracias, diga: "*El Señor con vosotros*". Y todos digan: "Y con tu espíritu". "*Arriba los corazones*". "Los tenemos ya elevados hacia el Señor". "*Demos gracias al Señor*". "Esto es digno y justo". Y continúe así:

«*Te damos gracias, ¡oh Dios!*, por medio de tu amado Hijo, Jesucristo, que nos enviaste en los últimos tiempos como salvador y redentor nuestro, y como anunciador de tu voluntad. Él es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas y en el que te has complacido. Tú lo enviaste desde el cielo al seno de una virgen, y habiendo sido concebido, se encarnó y se mostró como Hijo tuyo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. Él, cumpliendo tu voluntad y conquistándote tu pueblo santo, extendió sus manos, padeciendo para librar del sufrimiento a los que creyeron en ti. El cual, habiéndose entregado voluntariamente a la pasión para destruir la muerte, romper las cadenas del demonio, humillar al infierno, iluminar a los justos, cumplirlo todo y manifestar la resurrección, mostrando *el pan* y dándote gracias, dijo: "Tomad, comed. Éste es mi cuerpo, que por vosotros será destrozado". Del mismo modo, tomó *el cáliz*, diciendo: "Ésta es mi sangre, que por vosotros es derramada. Cuando hacéis esto, hacedlo en memoria mía".

«*Recordando*, pues, su muerte y su resurrección, *te ofrecemos* este pan y este cáliz, dándote gracias porque nos tuviste por dignos de estar en tu presencia y de servirte como sacerdotes.

«Y te pedimos que *envíes tu Espíritu Santo* sobre la oblación de la santa Iglesia. Reuniéndolos en uno, da a todos los santos que la reciben que sean llenos del Espíritu Santo, para confirmación de la fe en la verdad, a fin de que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, que tiene tu gloria y tu honor con el Espíritu Santo en la santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén» (4).

-*La comunión primera de los neófitos*. «Todas estas cosas el obispo las explicará a los que reciben [por primera vez] la comunión. Cuando parte el pan, al presentar cada trozo, dirá: "El pan del cielo en Cristo Jesús". Y el que lo recibe responderá: "Amén". Si no hay presbíteros suficientes para ofrecer los cálices, intervengan los diáconos, atentos a observar perfectamente el orden; el primero sostenga el caliz del agua; el segundo, el de la leche, y el tercero, el del vino. Los comulgantes gusten de cada uno de los cálices (21).

-*La comunión ordinaria de los domingos*. «Los domingos, si es posible, el obispo distribuirá de su propia mano [la comunión] a todo el pueblo, mientras que los diáconos y los presbíteros partirán el pan. Luego el diácono ofrecerá la eucaristía y la patena al sacerdote; éste las recibirá, las tomará en sus manos para luego distribuirlas a todo el pueblo. Los demás días se comulgará siguiendo las instrucciones del obispo» (22).

-*La comunión realizada privadamente en casa*. «Todos los fieles tengan cuidado de tomar la eucaristía antes de que coman cualquier otro alimento...Y cuídese que no la tome un infiel, ni un ratón ni otro animal, y de que nadie la vuelque ni la derrame, ni la pierda. Siendo el Cuerpo de Cristo, que será comido por los creyentes, no debe ser menospreciado» (37). «También el cáliz bendito en el nombre del Señor se recibe como sangre de Cristo. Por eso nada debe ser derramado... Si tú lo menosprecias, serás tan responsable de la sangre vertida como aquél que no valora el precio por el que fue adquirido» (38).

Orígenes (185-253)

Asceta y gran teólogo, lleva Orígenes a su apogeo la escuela de Alejandría, y sufre diversos tormentos en la persecución de Decio. Este gran doctor venera de modo semejante la presencia eucarística de Cristo en el Pan y en la Palabra:

«Conocéis vosotros, los que soléis asistir a los divinos misterios, cómo cuando recibís el cuerpo del Señor, lo guardáis con toda cautela y veneración, para que no se caiga ni un poco de él, ni desaparezca algo del don consagrado. Pues os creéis reos, y rectamente por cierto, si se pierde algo de él por negligencia. Y si empleáis, y con razón, tanta cautela para conservar su cuerpo, ¿cómo juzgáis cosa menos impía haber descuidado su palabra que su cuerpo?» (*Sobre Éxodo*, hom. 13,3).

San Cipriano (210-258)

El obispo de Cartago, San Cipriano, mártir, halla siempre para la Iglesia en el sacrificio eucarístico la fuente de toda fortaleza y unidad.

La misa es el sacrificio de la cruz. «Si Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro, es sumo sacerdote de Dios Padre, y el primero que se ofreció en sacrificio al Padre, y prescribió que se hiciera esto en memoria de sí, no hay duda que cumple el oficio de Cristo aquel sacerdote que reproduce lo que Cristo hizo, y entonces ofrece en la Iglesia a Dios Padre el sacrificio verdadero y pleno, cuando ofrece a tenor de lo que Cristo mismo ofreció» (*Carta* 63,14). «Y ya

que hacemos mención de su pasión en todos los sacrificios, pues *la pasión del Señor es el sacrificio que ofrecemos*, no debemos hacer otra cosa que lo que Él hizo» (63,17). La eucaristía, pues, consiste en «ofrecer la oblación y el sacrificio» (12,2; +37,1; 39,3).

La celebración es diaria. «Todos los días celebramos el sacrificio de Dios» (57,3).

La plegaria eucarística ha de ser sobria. «Cuando nos reunimos con los hermanos y celebramos los divinos sacrificios con el sacerdote de Dios, no proferimos nuestras oraciones con descompasadas palabras, ni lanzamos en torrente de palabrería la petición que debemos confiar a Dios con toda modestia» (*De oratione dominica* 4).

La comunión es la mejor preparación para el martirio, y por eso debe llevarse a los confesores que en la cárcel se disponen a confesar su fe (*Carta* 5,2). «Se echa encima una lucha más dura y feroz, a la que se deben preparar los soldados de Cristo con una fe incorrupta y una virtud acérrima, considerando que para eso beben todos los días el cáliz de la sangre de Cristo, para poder derramar a su vez ellos mismos la sangre por Cristo» (58,1).

Los pecadores públicos no deben ser recibidos en la eucaristía. No han de ser recibidos a ella los que no están reconciliados y en paz con la Iglesia, ni han hecho penitencia, ni han recibido la imposición de manos del obispo o del clero (*Carta* 15,1; 16,2; 17,2).

Eusebio de Cesarea (265?-340?)

Nacido y educado en Cesarea, de la que fue obispo, Eusebio, afectado por el arrianismo, es autor de importantes obras doctrinales e históricas. En el siguiente texto refleja la profunda unidad que la Iglesia antigua descubre entre la eucaristía litúrgica y el sacrificio espiritual de toda vida cristiana fiel.

«Nosotros enseñamos que, en vez de los antiguos sacrificios y holocaustos, fue ofrecida a Dios la venida en carne de Cristo y el cuerpo a Él adaptado. Y ésta es la buena nueva que se anuncia a su Iglesia, como un gran misterio... Nosotros hemos recibido ciertamente *el mandato de celebrar en la mesa [eucarística] la memoria de este sacrificio por medio de los símbolos de su cuerpo y de su salvadora sangre, según la institución del Nuevo Testamento...* Y así todas estas cosas predichas por inspiración divina desde antiguo, se celebran actualmente en todas las naciones, gracias a las enseñanzas evangélicas de nuestro Salvador... Sacrificamos, por consiguiente, al Dios supremo un sacrificio de alabanza; sacrificamos el sacrificio inspirado por Dios, venerado y sagrado; sacrificamos de un modo nuevo, según el Nuevo Testamento, "el sacrificio puro", y se ha dicho: "mi sacrificio es un espíritu quebrantado"; y "un corazón quebrantado y humillado Tú no los desprecias" [Sal 50,19]... "Suba mi oración como incienso en tu presencia" [140,2].

«Por consiguiente, no sólo sacrificamos, sino que también quemamos incienso. Unas veces, *celebrando la memoria del gran sacrificio*, según los misterios que nos han sido confiados por Él, y ofreciendo a Dios, por medio de piadosos himnos y oraciones, la acción de gracias [eucaristía] por nuestra salvación. Otras veces, *sometiéndonos a nosotros mismos por completo a Él*, y consagrándonos en cuerpo y alma a su Sacerdote, el Verbo mismo. Por eso procuramos conservar para Él el cuerpo puro e inmaculado de toda deshonestidad, y le entregamos el alma purificada de toda pasión y mancha proveniente de la maldad, y le honramos piadosamente con pensamientos sinceros, con sentimientos no fingidos y con la profesión de la verdad. Pues se nos ha enseñado que estas cosas les son más gratas que multitud de hostias sacrificadas con sangre, humo y olor a víctima quemada [+Is 1,11] (*Demostración evangélica* 1,10).

En cuanto al sacrificio eucarístico, «de la misma manera que nuestro Salvador y Señor en persona, el primero, después todos los sacerdotes procedentes de Él, cumpliendo el espiritual ministerio sacerdotal, según los ritos eclesiásticos, *por todas las naciones expresan con pan y vino los misterios de su cuerpo y de su salvadora sangre*. Y estas cosas las vio ya de antemano Melquisedec, en el divino Espíritu, pues él usó de figuras de las cosas que habían de suceder, según lo atestigua la Escritura de Moisés, diciendo: "Y Melquisedec, rey de Salén, presentó panes y vino; y era sacerdote del Dios Altísimo, y bendijo a Abraham" [Gén 14,18ss]. Con razón, pues, sólo a Aquél que ha sido manifestado "el Señor le ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec" [Sal 109,4]» (*ib.* 5,3).

San Atanasio (295-373)

Obispo de Alejandría, doctor de la Iglesia, San Atanasio hubo de sufrir varios exilios y muchas persecuciones, como gran defensor de la fe católica en Cristo, contra los errores de los arrianos.

«Nosotros no estamos ya en tiempo de sombras, y ahora no inmolamos un cordero material, sino *aquel verdadero Cordero que fue inmolado, nuestro Señor Jesucristo*, el que fue conducido al matadero como una oveja, sin que dijera palabra ante el matarife [+Is 53,7], purificándonos así con su preciosa sangre, que habla mucho más que la de Abel [+Heb 12,24] (*Carta* 1,9).

«Nosotros nos alimentamos con el pan de la vida, y deleitamos siempre nuestra alma con su preciosa sangre, como si fuera una fuente. Y, sin embargo, siempre estamos ardiendo de sed. Y Él mismo está presente en los que tienen sed, y por su benignidad llama a la fiesta a aquellos que tienen entrañas sedientas: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" [Jn 7,37]» (*Carta* 5,1).

LA EUCARISTÍA HACE LA IGLESIA.

I.-LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO PERFECTÍSIMO DE LA NUEVA LEY

La Eucaristía no es uno más de los sacramentos, sino el más perfecto de todos. La razón es obvia: en él está presente el mismo Autor de los Sacramentos. Pero no se agota ahí su riqueza de contenido, ya que -como dice la Carta encíclica "Redemptoris hominis"- "es al mismo tiempo *Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia*".

"La divina Eucaristía -escribe Pablo VI en la "Mysterium fidei" -confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad, ya que no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino también después, mientras es conservada, en iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, el Dios con nosotros".

La Eucaristía, en efecto, a diferencia de los demás Sacramentos, que existen sólo cuando se usan -(" in applicatione materiae ad hominem santificandum") existe aunque no se reciba, porque "perficitur in ipsa consecratione materiae"; y es, por eso, sacramento absoluto y permanente: "continet aliquid sacrum absolute, sc. ipsum Christum"; mientras que los otros seis contienen "aliquid sacrum in ordine ad aliud, sc. virtutem ad sanctificandum" ^{1[1]}. Esta presencia sacramental de Cristo con su cuerpo, con su sangre, con su alma, con su divinidad -comenzada en la transustanciación, y que no cesa mientras no se corrompen las especies-, tiene una doble referencia: a Dios y a los hombres. La primera es de *ofrenda sacrificial* a Dios, y la segunda *sacramental*, de santificación de los hombres. Está "viviendo por el Padre" en favor nuestro, para que nosotros "vivamos por El" ^{2[2]}, según la doble dirección de la mediación de Cristo, ascendente y descendente, sacrificial y sacramental.

La referencia sacramental no se agota en el "*uso*" del Sacramento como "*manjar de vida*". Su presencia permanente en el tabernáculo es centro y raíz de toda la vida de la Iglesia, "*raíz y cumbre* de la vida cristiana y de toda acción de la Iglesia. Es nuestro mayor tesoro, que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia" ^{3[3]}. "Cuius ratio est quia continetur in ipso ipsa causa universalis omnium sacramentorum" ^{4[4]}.

A veces no se advierte que la presencia permanente de Jesucristo en el sagrario tiene también una referencia sacrificial, de mediación ascendente, que mira a Dios. También en el Sagrario se conserva lo que se hizo en el altar, de modo tal que puede afirmarse que además de estar como sacramento que nos vivifica, está como Hostia ofrecida al Padre, en unión de su Cuerpo místico, rindiendo culto de adoración, agradecimiento y compensación propiciatoria. Es el "iuge sacrificium" o sacrificio permanente del Cristo total, Cabeza y miembros, como hostia pura y agradable al Padre. Cristo Nuestro Señor continua pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. "Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit". Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace "exprimiendo desiderium quae de salute nostra habet" ^{5[5]}. De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad ^{6[6]}.

II. LA PRESENCIA EUCARÍSTICA COMO GARANTÍA DE LA PRESENCIA SALVÍFICA DE CRISTO EN LA IGLESIA, SACRAMENTO UNIVERSAL DE SALVACIÓN.

^{1[1]} S. Th. III, 73,1.

^{2[2]} Jn 6,58.

^{3[3]} JUAN PABLO II, Alocución, Madrid, 31-X-1982.

^{4[4]} STO TOMÁS. S. Th. III, 75, 3, 1. Esta doctrina tradicional está recogida en el Catecismo de 1982 (CEC, 1324-5 y 1396). Cf. *Eucaristicum Mysterium*, 6.

^{5[5]} STO. TOMÁS, In Heb. 7,25.

^{6[6]} S. Th. III, 83,1. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro de próxima publicación, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia. La oración siempre viva en Cristo glorioso, -participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios- es el alma del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, hasta que vuelva*. Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad. Sólo cesará entonces la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies. (Cor 15, 17-18. Cfr. E. SAURAS, *Teología y espiritualidad del sacrificio de la Misa*).

En el tabernáculo "encontramos el modelo perfecto de nuestra entrega. Allí está Cristo vivo, palpitante de amor. En aparente inactividad, se ofrece constantemente al Padre, con todo su Cuerpo Místico, con las almas de los suyos, en adoración y acción de gracias, en reparación de nuestros pecados y en impetración de dones, en un holocausto perfecto e incesante. Jesús Sacramentado nos da un impulso permanente y gozoso a dedicar la entera existencia, con naturalidad, a la salvación de las almas". A. Del PORTILLO, *Cartas de familia*, IV-1986.

Se discute entre los teólogos si Cristo glorificado al realizar la aplicación del tesoro redentor, con la activa cooperación de la Iglesia, su esposa, único instrumento de redención universal (L G 9b), *interviene siempre en tanto que sacramentado*; es decir, en relación con el misterio eucarístico, cuya raíz es la renovación sacramental del Sacrificio de Cristo, en "la hora" de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,13).

Muchos responden negativamente. Toda la gracia deriva -dicen- de Cristo glorioso, fuente de la gracia, sacramentalmente presente en la Eucaristía. Pero no la dispensa en su totalidad "prout et quatenus adest sub speciebus. Probandum esset rem ita disposuisset ut gratiam nullam concederat nisi in conexione cum praesentia sacramentali"^{7[7]}. Sin embargo, parece imponerse, tras un examen atento de las fuentes teológicas, la respuesta afirmativa que es sostenida por Santo Tomás según la interpretación de Juan de Sto. Tomás y otros autores de la Escuela, muy especialmente por E. Sauras, que ha estudiado profunda y extensamente el tema en numerosos trabajos (Cf. p. ej. Com. a. t. XIII de la S. Th. BAC), De la Taille, Filagrassi, Dieckamp, De Lubac, Journet, etc... Este último autor p. ej. escribe "toda la gracia santificante del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía" (*L'Eglise du Verbe Incarné*, Madrid 1986, 145 ss, t. II, p. 670).

Basten ahora unos breves apuntes para resumir la amplia argumentación sobre el tema de la tesis doctoral para la Laurea de Teología en la Universidad Lateranense (1958), que reviso ahora con vistas a su pronta publicación (*La Eucaristía y la unidad de la Iglesia*).

Desde las célebres afirmaciones de S. Pablo a los Corintios. 1 Cor 10, 17, Cf. 11, 25), hasta las recientes declaraciones del último concilio, pasando por los grandes desarrollos patrísticos, medievales y modernos, la Iglesia ha visto su propia unidad en íntima relación con el misterio eucarístico. Es un asunto muy tratado "en las muchas y bien escritas publicaciones destinadas a investigar más profundamente... la doctrina en torno a la Santísima Eucaristía... en su conexión con el misterio de la Iglesia" (Pablo VI, *Mysterium fidei*, AAS 67 (1965), 754).

Los textos escriturísticos son perentorios: sin la participación eucarística en el cuerpo y en la sangre del Señor "no tendréis vida"^{8[8]} (con clara alusión a su victimación sacrificial), como tampoco "resurrección de vida en el último día"^{9[9]}. Por eso la unidad vital de la Iglesia, de los miembros con la Cabeza y entre sí, está causada por esa participación: "*unum corpus multi sumus, omnes quae de uno pane participamus*"^{10[10]}. (Pueden verse comentados los textos principales en F. Puzo, *la unidad de la Iglesia en función de la Eucaristía*, en "Gregorianum", 34 1953, 145-186, y E. Sauras, *Lo general y lo específico en la gracia de la Eucaristía*, en "Teología espiritual", 1957 p. 189 ss).

Si añadimos razones de tradición y de sólida argumentación teológica, parece imponerse la doctrina de Santo Tomás recogida en el Catecismo de S. Pío V: todos los efectos salvíficos de los sacramentos derivan de la Eucaristía ("*Eucharistia fons, coetera sacramenta rivuli*"), porque es "fons omnium gratiarum, a quo tamquam a fonte ad alia sacramenta, quidquid boni et perfectionis habet, derivatur" (Catec. C. Trento II, 4, 40 y 47) y a fortiori los del resto de los medios de santificación, que o bien anticipan la gracia sacramental o bien diponen a ella.

En la Encíclica "Mystici corporis" se atribuyen expresamente los mismos efectos universales a la Hostia clarificada en el cielo y a la Hostia presente en la Eucaristía. "Tum eucharistica hostia in terris, quam clarificata in coelis, ostensione vulnerum precumque effusione a Patre Aeterno efflagitat (divinae bonitatis thesauros); Christus... quos olim a cruce pendens inchoavit, id perpetuo continenterque in coelisti beatitate peragere non desinit"^{11[11]}.

El Concilio Vaticano II se hace eco de esta doctrina tradicional y la propone con su autoridad^{12[12]}, enseñando que la Eucaristía es el sacramento que "apte significatur et mirabiliter efficitur" la unidad del pueblo de Dios que constituye en Cristo un solo cuerpo. "Signo y causa de la unidad del Cuerpo místico" (Pablo VI, *Myst. fidei*).

El magisterio de Juan Pablo II, desde su primera encíclica -pragmática de todo su pontificado, tanto de su magisterio y predicación, como de su acción pastoral^{13[13]}- hasta la reciente carta a los sacerdotes, firmada en el Cenáculo de Jerusalén durante su peregrinación jubilar del 2000, propone de manera recurrente la misma tradición teológica^{14[14]}.

^{7[7]} J. A. ALDAMA, *De Eucharistia* p. 398. La misma posición -por no distinguir entre la Eucaristía sacrificio y sacramento de la presencia permanente (ambos aspectos de efecto universal), de la comunión sacramental como uno de los siete sacramentos (de efecto específico), aparece reflejada en el libro del Comité para el jubileo del año 2000, *La Eucaristía, sacramento de la vida nueva*. "No podremos sacar la conclusión de que la Eucaristía es manantial de la gracia para los demás sacramentos, o manantial de toda la vida de la gracia. Sólo Cristo es la fuente, y no lo es únicamente a través de la Eucaristía. La Eucaristía no puede ser vista como el canal a través del cual pasan todas las corrientes de la gracia. Ella, sin embargo, da la presencia de Cristo, que, a su vez, es el dueño soberano de la efusión de la gracia. Aquél que quería nutrir a la humanidad con la propia vida ha elegido la Eucaristía como medio *privilegiado* para ahondar en toda la profundidad de la vida humana y transformarla en vida divina".

^{8[8]} Jo. 6,53.

^{9[9]} Jo. 6,54.

^{10[10]} 1 Cor. 10,17.

^{11[11]} PÍO XII, *Mystici Corporis*, AAS, XXXV 1943, 217.

^{12[12]} Véase textos en P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, Madrid 1937, pp. 306 a 314

^{13[13]} Cfr. *Redemptor hominis*, n. 20.

^{14[14]} Dice en ella que "este misterio encierra toda la vida de la Iglesia". La Eucaristía es *la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce*. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo". JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes en el Jueves Santo del 2000*, 30-III-2000, nn. 9 y 10.

La unidad eclesial -el "Corpus mysticum"- sería la "res tantum", o efecto salvífico último del misterio eucarístico, "significata el non contenta" por su signo externo, que son las especies consagradas ("sacramentum tantum"). Pero esta unidad está hecha posible sólo en virtud de la presencia sustancial del cuerpo y de la sangre del Señor, Sumo y Eterno Sacerdote ("res et sacramentum"), "significata et contenta" en las especies consagradas, que constituyen su signo sacramental externo.

Es, efectivamente, la presencia sacramental real-sustancial de Cristo redentor (y de su sacrificio hecho presente sacramentalmente en nuestros altares) la razón última de la fuerza unitiva de la Eucaristía, que así entendida y sólo así, significa y causa la unidad de la Iglesia. H. de Lubac ha visto una prueba muy significativa de esa mutua inmanencia entre Iglesia y Eucaristía, en el cambio de terminología para designar ambas magnitudes operada en la tradición, y acuñó una frase para designarla que ha hecho fortuna: "*La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia*"^{15[15]}. Se designaba, en efecto, hasta la crisis de Berengario, con la expresión "Corpus Mysticum" al Cuerpo eucarístico del Señor, que "hace" la Iglesia, comunicándola la gracia de la redención "qua Ecclesia copulatur" et "fabricatur"; y a la Iglesia el "Corpus verum" de Cristo cabeza, formado por la fuerza unitiva de la Eucaristía^{16[16]}.

Fue precisamente para salvaguardar el realismo de la presencia eucarística, puesto en entredicho por Berengario, por lo que se evitó el adjetivo "místico" para designar al cuerpo del Señor presente en el Sacramento, y se cambió la terminología: "Corpus verum", comenzó a designar al Cuerpo del Señor presente en la Eucaristía "por transustanciación"; y por una metonimia o deslizamiento significativo de la causa al efecto, se llamó a la Iglesia "Cuerpo Místico" en cuanto causada por aquélla.

Hay sólidas razones teológicas además de las positivas fundadas en las fuentes de la Revelación -Escritura y Tradición bajo la guía del Magisterio-, para concluir en lo mismo. Sólo así se asegura la intervención de la Esposa de Cristo, a la que ha querido asociar como corredentora en el orden de la Redención subjetiva, en la dispensación del tesoro Redentor. "La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo"^{17[17]}. La primera es sacrificio de Cristo solo. La segunda es sacrificio de Cristo y de su esposa, la Iglesia, que debe aportar como corredentora, en el orden de la redención subjetiva, lo que falta a la Pasión de Cristo, "para que se realice la obra de la redención", aplicando sus frutos a través del tiempo y del espacio. Como María, su tipo y figura perfecta, fue asociada en la redención objetiva a todos los dolores del nuevo Adán -que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva- también la Iglesia debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor, de modo tal que Cristo nos comunique -por su Espíritu, fruto de la Cruz- su vida y sus otros dones a ella ordenados (carácter, carismas, etc), con la cooperación de su Esposa que lo hace presente entre nosotros en el misterio eucarístico: es decir, precisamente en cuanto sacramentado^{18[18]}.

"Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía... La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la *garantía*, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo"^{19[19]}. Precisamente porque es raíz de toda la vida sobrenatural o su fuente ("Eucharistia fons, cetera sacramenta rivuli", había escrito en Catecismo del C. de Trento) no existe otra garantía de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualquiera medios de santificación, que su presencia eucarística, pues de ella derivan eficientemente y a ella se ordenan como fin y culmen de la vida de la Iglesia, tanto de origen sacramental como extrasacramental.

Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos "¿acaso encontrará fe sobre la tierra?", que da lugar a la tribulación suprema "cual no la ha habido ni la habrá", -cuyo tiempo será abreviado en gracia a la oración de los elegidos -con la abominación de la desolación en el lugar sagrado"^{20[20]}, predicha por Daniel. Esta no es otra que "la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo": del sacrificio eucarístico, según la exégesis patrística a Dan. 9,27^{21[21]}. Ya en la prefiguración de la antigua alianza como enseñó Ezequiel con tanta fuerza, Dios no permite "retirarse" del templo, de su presencia salvífica en él (la "schekinah"), sino como castigo por la infidelidad de su pueblo, y muy especialmente por la degradación del

^{15[15]} DE LUBAC, *Meditación sur l'Eglise*, París, 1968, p. 101.

^{16[16]} *Corpus Mysticum: l'Eucharistie et l'Eglise au Moyen age*, 1946, del mismo A.

^{17[17]} La Resurrección no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (mediación ascendente), sino que lleva a su plenitud (en el orden de la mediación descendente), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el "príncipe de este mundo" en la Cruz gloriosa, en la "hora" de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12). Por eso dice el Apóstol: "murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación" Rm 4, 25).

^{18[18]} Cf. E. SPRINGER, *De SS. Eucharistia virtute atque necessitate*, en "Gregorianum" 1928. Lutero negó -contradiendo a S. Agustín, su padre y fundador ("el que te creó sin ti no te salvará sin ti") esta cooperación, con su doctrina de la justificación ("sola gratia, sola Fides, sola Scriptura). Esta es la raíz de su negación de la Eucaristía como sacramento de la presencia permanente. Es decir, del sacrificio sacramental propiciatorio de Cristo y de su Iglesia para aplicar los frutos de la oblación única del sacrificio expiatorio del Calvario. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Lutero y la reforma protestante*, Madrid, Palabra, 1996.

^{19[19]} J. ESCRIVÁ DE BALAGUER. *Es Cristo que pasa*, n.102.

^{20[20]} Cf. Mt. 24 y lugares paralelos.

^{21[21]} Cf. 8,12; 11,32.

sacerdocio, con vistas a su purificación ^{22[22]}. En la nueva y definitiva alianza en su sangre el Señor nos ha garantizado su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos por el "anuncio" ^{23[23]} de su Muerte en el Sacrificio eucarístico. Por eso la amenaza de desaparición del mismo por la "abominación de la desolación en el lugar sagrado", le "obliga" a intervenir en el curso de la historia, para evitar que la abundancia del mal enfríe la vida teológica de caridad y de fe sin la que se pondría en grave peligro la "necesaria" presencia salvífica en la Eucaristía y -con ella- la misma Iglesia: pues "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia" ^{24[24]}.

III. EL EFECTO GENERAL DE LA EUCARISTÍA -SACRIFICIO Y SACRAMENTO PERMANENTE- POR EL QUE CAUSA "TODA" LA VIDA DE LA IGLESIA, Y LA UNIDAD, NO SOLO CONSUMATIVA, DE LA MISMA.

Según aquellos autores que niegan la tesis que hemos expuesto -que coincide con el pensamiento de Sto Tomás y el magisterio de Juan Pablo II, desde su encíclica pragmática de su pontificado "Redemptor hominis"- al decir que la Eucaristía "hace" o edifica la Iglesia no se ha de atribuir ese efecto al solo sacrificio de la Misa y al sacramento de la presencia permanente que implica, toda vez que, "obviamente, se celebra y adviene en una Iglesia que existe con anterioridad a ella": sin la Iglesia jerárquicamente estructurada no hay Eucaristía ^{25[25]}. ¿Cómo responder a esta objeción?

Es cierto que la Iglesia que celebra la Eucaristía, como señala justamente P. Rodríguez, no es una masa amorfa, sino una Iglesia ya una y unida: es una Iglesia que tiene "unus Dominus, una fides, unum baptisma" ^{26[26]}. El Bautismo, por el que Cristo pasa a ser nuestro Señor, y la unidad y profesión de fe objetiva (que significa exteriormente la fe subjetiva que se tiene en el corazón) constituyen la base eclesial primera e indispensable para participar rectamente del Augusto Sacramento. Por eso dice Sto. Tomás: "el pecado contra la fe, al separar radicalmente de la unidad de la Iglesia, es rigurosamente hablando, el que hace al hombre más inepto para la recepción de este sacramento, que es precisamente el sacramento de la unidad eclesiástica, que se da principalmente por la unidad de fe, pues es precisamente la congregación de los fieles" ^{27[27]}. Lo que el Credo proclama en palabras, la acción litúrgica, cuyo centro nuclear son los sacramentos ("protestationes fidei", S. Th. III, 61,4) lo pone en acto. Especialmente la Eucaristía que "anuda en sí todos los misterios del cristianismo" (Cfr. CEC 1325) y "nos sitúa entre los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia". Más aún: en virtud del "nexus mysteriorum", "es toda nuestra fe la que se pone en acto cuando creemos en Jesús en su presencia real bajo los accidentes de pan y vino" ^{28[28]}. Por eso no tiene sentido hospitalidad eucarística a quien no profesa, -al menos implícitamente, como parece suponer la reciente disciplina, propiciada por el actual ambiente ecuménico ^{29[29]}- la integridad de la fe católica ^{30[30]}.

Además de la fe y el Bautismo, la Eucaristía supone también, obviamente, el ministerio sacerdotal jerárquicamente estructurado. El Cuerpo de Cristo está en el altar no como consecuencia de una iniciativa espontánea y privada de hombres que quieren ser una sola cosa, sino de una acción de naturaleza jerárquica: es el efecto del ejercicio de poderes ministeriales conferidos por Cristo, poderes que no tiene cualquiera, sino sólo los Apóstoles y sus sucesores, que son los obispos y subordinadamente, los presbíteros. Aparece así, como momento esencial y constituyente de la celebración eucarística, la estructura fundamental de la Iglesia, jerárquicamente ordenada. Es una acción de la "Comunidad sacerdotal jerárquicamente estructurada" ^{31[31]}. No es la unidad de la

^{22[22]} Cf. L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, 1977, c.v. El problema cultural.

^{23[23]} Actualización sacramental de la inmolación del Calvario para aplicar sus frutos "anamnesis".

^{24[24]} La frase, acuñada por De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396)..

^{25[25]} Cf. p.ej, J. L. ILLANES, *La Santa Misa centro de la actividad de la Iglesia*, en "Scripta theologica", 1993 p. 743.

^{26[26]} Eph. 4,5. F. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, *ibid*.

^{27[27]} *Exp. I Decretalis II*.

^{28[28]} J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cit. n. 73; Conversaciones, n. 113.

^{29[29]} Cf. C.I.C. de 1983, c. 844.

^{30[30]} "Aquel a quien la gracia haya concedido una tal fe (en la transustanciación), ese ya no es protestante. Se ha vuelto la espalda a Lutero y a Calvino, escribió Ch. Journet (*L'hospitalité eucharistique*, en "Nova et vetera" 1975, 63).

Han sido eficaces las certeras críticas (p. ej., P. RODRÍGUEZ, *Ibid*. 375) a los abusos de un falso ecumenismo, a que daba pie- por interpretación abusiva- la expresión del directorio ecuménico de 1967 (AAS 59, 574-592), -en el que concede el acceso de Eucaristía al hermano separado en peligro de muerte, o en caso de necesidad urgente, siempre que este "rite dispositus" y manifieste una fe "cosentaneam fidei Ecclesiae"- . De hecho el Código del 83 ha sustituido estas últimas palabras por una inequívoca declaración de confesar la misma fe en todos los dogmas referentes a la Eucaristía que profesa la Iglesia católica. En ese caso, que dudo pueda darse nunca, sin que sea facilísima su explícita conversión y consiguiente readmisión a la Iglesia católica, ese tal tiene el corazón católico ("corde creditur ad iustitiam") y se facilita grandemente la superación de posibles prejuicios contra otros dogmas, con lo cual se le abriría la puerta a recibir antes el sacramento de la penitencia; teniendo en cuenta, por una parte, el "nexus mysteriorum" y su recapitulación en el misterio eucarístico; y de otra que la confesión de fe o "exterior locutio ordinatur ad significandum id quod concipitur" (S. Th. II-II, 124, 5).

^{31[31]} L G 11 a.

Iglesia, efectivamente, el mágico resultado de unificar un caos precedente, sino la consumación de una unidad eclesial previa. Para que pueda darse la "res tantum" del sacramento eucarístico, que es la unidad del Cuerpo místico, es necesaria la "res et sacramentum": el cuerpo y la sangre verdaderos de Cristo, hecho presente en la consagración del pan y del vino, al renovar el sacrificio del Calvario. Pero la consagración supone el carácter del sacerdocio ministerial, que se diferencia esencialmente y no sólo en grado^{32[32]} del sacerdocio común de los fieles, propio del carácter del bautismo y de la confirmación; y por consiguiente, una comunidad estructurada orgánicamente por los caracteres sacramentales, reunida en torno al altar^{33[33]}, con el celebrante actuando "in persona Christi Capitis"^{34[34]} por virtud del sacramento del Orden, que lo sitúa en el ámbito del poder ministerial, unido a la sucesión apostólica. Supone, pues, una unidad fundamental de bautismo y de fe, estructurada jerárquicamente por el sacerdocio ministerial, bajo la jurisdicción del Supremo Pastor, el sucesor de Pedro.

Todo eso es muy cierto. Pero ¿se concluye de ahí que la Iglesia, existe como unidad fundamental de Bautismo y de fe, y como unidad estructurada por el sacerdocio jerárquico, previamente y con independencia de la Eucaristía, cuya función se limitaría a conducir a "unidad consumada" una "unidad incoada" previa e independiente de la misma? De ninguna manera, las fuentes teológicas parecen atribuir al ministerio eucarístico, según veíamos, una función universal de aplicación de todo el tesoro redentor^{35[35]}.

La confusión procede, a mi parecer, de no distinguir el efecto específico del general del ministerio eucarístico. Hay una gracia sacramental específica, propia de la comunión eucarística, que forma parte del número septenario, como mesa del convite. Pero tiene también, considerado como ara del sacrificio y como tabernáculo de la presencia permanente sustancial de Cristo en estado de víctima, un efecto general: su "res significata et non contenta" es el "Corpus Mysticum" en su integridad, por ser fuente de toda gracia y de todos los dones espirituales que a ella se ordenan.

La comunión del banquete sagrado "eucarístico" confiere como gracia sacramental especial, la gracia cibativa (como suele ser tradicionalmente llamada, después de Juan de Santo Tomás), de aumento y consumación de la vida espiritual, que conduce a la unidad consumada "in via" de la Iglesia. Así considerada, es la Eucaristía culminación y fin de los demás sacramentos. Pero Cristo sacramentado está presente en ellos como el fin en los medios y la caridad en las virtudes, por el "votum" implícito objetivo de comunión vital con Cristo "*prout sacramentatum*" que les hace participar del efecto vivificante (cfr. Jn 6, 53) que le es propio (a modo de "comunión espiritual objetiva" con el misterio eucarístico, distinto de la comunión espiritual subjetiva que anticipa la comunión sacramental, a la cual se ordena toda la vida cristiana como consumación "in via" de la alianza nupcial de Dios con el hombre y prenda de la glorificación escatológica en un universo transfigurado). La eucaristía no es sólo -recuérdese- mesa del convite sacrificial, "uso" del "sacramentum perfectum dominicae passionis, continens ipsum Christum passum", por la comunión sacramental de la víctima del sacrificio presente como fruto del mismo, que tiene como efecto sacramental específico conducir a la unión transformante con Cristo ("auget, reparat, sustentat, delectat"). Es también, en cuanto "ara del sacrificio" y "tabernáculo de la presencia permanente" de Cristo glorioso en estado de víctima, fuente de todas las gracias^{36[36]}.

Así considerada, la Eucaristía es "causa de todo el bien espiritual de la Iglesia"^{37[37]}: tanto del organismo sobrenatural de la gracia de las virtudes y dones, con las gracias actuales que lo activan, como de las gracias no formalmente santificadoras, pero que disponen a la justificación, tales como la fe informe. Todas estas gracias, formal o dispositivamente santificantes, son participación o redundancia de la gracia capital de Cristo sacramentado. Es más: también hace participar del mismo principio activo radical de la gracia capital de Cristo, que es la unión del Espíritu, que obra la Unión hipostática de la humanidad santísima de Jesús con el Verbo, en cuya virtud queda "constituido en poder" de sacerdote, profeta y rey, mediante los sacramentos de consagración permanente e indeleble, por los *caracteres sacramentales*. Ellos son otras tantas participaciones de la "*res et sacramentum*" de la

^{32[32]} L G 10.

^{33[33]} "Cuando celebro rodeado del pueblo, me encuentro muy a gusto sin necesidad de considerarme presidente de ninguna asamblea. Soy por un lado un fiel como los demás; pero soy sobre todo, ¡Cristo en el Altar!. Renuevo incruentamente el divino sacrificio del Calvario y consagro *in persona Christi*, representado realmente a Jesucristo, porque le presto mi cuerpo, y mi voz y mis manos, mi pobre corazón tantas veces manchado, que quiero que el purifique. (...) Cuando celebro la Misa con la sola participación del que ayuda, también allí hay pueblo. Siento junto a mí a todos los católicos, a todos los creyentes y también a los que no creen. Están presente todos las criaturas de Dios la tierra y el cielo y el mar, y los animales y las plantas, dando gloria al Señor la creación entera, (...) Y especialmente, diré con palabras del C. Vaticano II (L.G. 50), nos unimos en sumo grado al culto de la Iglesia celestial, comunicando y venerando sobre todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, de S. José, de los Santos Apóstoles y Mártires y de todos los santos" (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, 1986, p. 76).

^{34[34]} LG 28 a.

^{35[35]} "Quidquid est effectus dominicae Passionis, totum etiam est effectus Eucharistiae" Sto. TOMÁS In Jo. 1,6. Otros muchos textos del Doctor común aparecen recogidos en mi obra de próxima publicación antes citada.

^{36[36]} "El uso del sacramento" no confiere todos los efectos contenidos en acto primero, virtualmente, en él, sino una de las gracias específicas sacramentales, del número septenario. "Eucharistia habet omnem suavitatem in quantum continet fontem omnis gratiae, quamvis non ordinetur eius usus ad omnes effectus sacramentalis gratiae" (IV Sent. d. 8, q. 1, a.3, sol. 1). Sin embargo en ese mismo texto, STO. TOMÁS dice de sacramento como tal que "omnium sacramentorum effectus possunt adscribi, in quantum perfectio est omnis sacramenti, habens quasi in capitulo, summa omnia quae alia sacramenta continent singillatim".

^{37[37]} Cf. S. Th., III, 65, 3, 1.

Eucaristía, que es la presencia de “Cristo mediador” entre Dios y los hombres en el ejercicio de su poder mediador; pues si nos hace partícipes de su triple poder, es para capacitarnos a tener parte activa -como mediadores en Cristo Jesús; con “alma sacerdotal” (en la sugerente expresión del Beato Josemaría Escrivá)- en su misión redentora, que fue consumada en el sacrificio de la Cruz, y sólo es aplicada con nuestra cooperación en el de la Misa, raíz y centro de nuestra misión corredentora. Son, pues, gracias de mediación

Los carismas, comunes y extraordinarios, también proceden de la Eucaristía; porque no tienen otra función que la de concretar, en cada situación eclesial, el peculiar modo de participación en la misión de la Iglesia, de culto, y de santificación activa y pasiva, propia de cada uno de sus miembros, a la que destina genéricamente el carácter sacramental.

Los caracteres sacramentales no son, en efecto, sino "poderes" derivados e instrumentales de la "exousia" o potestad del Señor que el Padre entregó a Cristo, que por la unión hipostática quedó constituido en poder cultural santificador como sacerdote, profeta y rey, mediador entre Dios y los hombres, en cuya virtud nos redime con el sacrificio de su vida que culmina en el misterio de la Pascua. Pero así como siendo el carácter una potencia de orden espiritual, precisa de los "hábitos operativos" (virtudes y dones), para vencer la indeterminación de su dinamismo, orientándolo hacia su recto ejercicio, así también para que se determine en sí mismo como "poder" habilitándolo para funciones al margen de la infalibilidad del "opus operatum" propia del ministerio de los sacramentos, singularmente para propagar la Palabra salvífica, Dios concede muy convenientemente los carismas, que habilitan para desempeñar una misión específica. Son como "antenas receptoras" o "transmisores" del mensaje salvífico, que facilitan la evangelización, convirtiendo al carácter sacramental en un canal transmisor, del que puede hacerse buen o mal uso "*in eorum perniciem*", a diferencia de los hábitos virtuosos, buenas cualidades de la mente, de los que "nemo male utitur" (S. AGUSTÍN, *De libero arbitrio*, II, 18). Sólo si se usan bien contribuyen indirectamente, por vía de mérito, a la santificación de su beneficiario. Son, en efecto, gracias "gratis datae" ordenadas a la santificación de los demás, pero no directamente del mismo sujeto que recibe el don, como ocurre en la gracia "gratum faciens" de las virtudes y dones^{38[38]}.

Las dos manos del Padre, el Verbo y el Espíritu –según la conocida metáfora de S. Ireneo-, que Él envía en la economía histórica de la salvación^{39[39]} no sólo dan origen a la Iglesia, sino que la mantienen de continuo en su ser originario como institución visible, cuasi sacramento al servicio de la comunión invisible con Cristo en el Espíritu. La institución orgánicamente estructurada por los sacramentos, carismas y ministerios cuya raíz fontal es el misterio Eucarístico, que "hace la Iglesia", es constantemente recreada por aquella corriente vital Trinitaria de la doble misión del Verbo y del Espíritu, siempre conjunta e inseparable; ante todo en su movimiento descendente de oferta del salvación a través de gracias de mediación sacerdotal, profética y regal. El Espíritu asocia sacramentalmente en Cristo a personas concretas por la Palabra y los sacramentos, otorgándoles dones jerárquicos y carismáticos (LG 5) - que aquí llamamos gracias de mediación- para que tenga parte cada una de ellas en la obra de la salvación. En ellas toma cuerpo la institución (cambian las personas, pero ella permanece) como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por los caracteres sacramentales y los carismas que los modalizan y orientan al cumplimiento de la vocación particular de cada miembro a lo largo de la historia, según la manera propia de participar en la misión salvífica de la Iglesia, para común utilidad; y siempre al servicio de la comunión salvífica con Dios y de los hombres entre sí que la caridad opera.

Las gracias de mediación –los dones jerárquicos y carismáticos (LG 4 a)– por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación – pertenecen a la figura de este mundo que pasa. Son meros medios instrumentales, a manera de andamios (San Agustín)^{40[40]} –obviamente provisionales–, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia –germen e instrumento del Reino de Dios–, según el "ordo Charitatis". Están, pues, al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera, por el libre "fiat" del hombre a la voluntad salvífica de Dios en un movimiento ascendente hacia la plenitud consumada de comunión. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo –ofrecido a través de aquella mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)–,

^{38[38]} Cf. J. FERRER ARELLANO, *La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu Santo en la historia de la salvación como "incarnatio in fieri": consecuencias eclesiológicas y mariológicas*, en "Ephemerides Mariologicae" 48 (1998) 405-478. "El espíritu Santo, no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios "(res et sacramentum) y le adorna con virtudes" (res tantum)", sino que también distribuye gracias especiales" (gratis datae=carismas)" entre los fieles "(sellados con el carácter)" de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere, (1 Cor, 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia" (Carismas que concretan, especializándola, la universal llamada a la santidad y a la dilatación del Reino de Dios mediante la personal participación en la misión de la Iglesia: la común destinación al culto y santificación propia y ajena a que facultan y obligan los caracteres sacramentales): habilitando así a quienes los reciben "para poder desempeñar una misión específica" L G, 12 b).

^{39[39]} J. FERRER ARELLANO, *Las dos manos del Padre*, en "Annales Theologici" (1999), 13.

^{40[40]} S. AGUSTÍN, *Sermo* 362, 7; PL, 37, 1904. También los compara a los vendajes que suprime el médico una vez alcanzada la curación. (Cfr. *In Psal.* 146, 8; PL, 37, 1904).

que reclama y posibilita el libre *don de la esposa*, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su vocación particular. *Tal es el "rostro mariano" de la Iglesia*, que refleja su más íntima esencia, a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la *dimensión jerárquica-petrina*.

La Iglesia es, pues, en su esencia, el misterio de la Esposa. Los poderes apostólicos sitúan, ciertamente, a algunos de sus miembros, del lado del Esposo. Pero su función, aunque necesaria, es provisional, está al servicio del buen ejercicio de su misión de Esposa, haciéndolo posible^{41[41]}. *La dimensión petrina de la Iglesia tiene como razón formal hacer posible la actualización sacramental del don del Esposo, que capacita a la Esposa a aportar su propio don, libre y personal, asegurando la unidad de la fe y comunión del entero pueblo de Dios, mediante el ministerio de la palabra y los sacramentos. Éste tiene como raíz de su eficacia salvífica -y culmen de toda actividad eclesial (cfr. SC9)- la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7). Se une así el don del Esposo -nuevo Adán- con la necesaria cooperación del don de la Esposa -nueva Eva- para que "se realice la obra de la redención" en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos*^{42[42]}.

Por eso *la institución de la Eucaristía fué entre todos, el acto fundacional por excelencia de la Iglesia nacida en el Calvario del costado abierto de Cristo*, porque de una manera dinámica, misteriosa y sacramental, presencializa en el tiempo y en el espacio el sacrificio redentor de Cristo para que se realice la obra de la salvación contando con su libre cooperación^{43[43]}. *"Esta es mi sangre de la alianza". "Díraje" es alianza y es testamento: el patrimonio de los bienes salvíficos que entrega a la Iglesia se concentra en la Eucaristía*^{44[44]}.

La Iglesia se constituye así en nueva Arca de la alianza, cuando Cristo entrega ese poder (carácter sacerdotal del ministerio apostólico, participación de la potestad -exousia- que el Padre entregó a Cristo con la unión hipostática)^{45[45]} al darles la orden de renovar el rito de institución de la Eucaristía: "haced esto en memoria mía". Por eso la Iglesia, estructura orgánica institucional y visible que hace posible la renovación incruenta del sacrificio del Cristo, que vence para siempre al pecado y a la muerte, permanecerá inalterable a pesar de las asechanzas del enemigo. "Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo", porque el Espíritu Santo garantiza ese "anunciar la muerte del Señor" del sacrificio eucarístico "hasta que venga". Pedro, la roca firme, asegura esa indefectibilidad al garantizar la recta celebración del Santo sacrificio de la Misa, como principio de unidad, en la fe y en la comunión, de la estructura ministerial del sacerdocio, capacitado por el carácter del orden, a renovar "in persona Christi Capitis", el divino Sacrificio del Calvario^{46[46]}.

"La obra de nuestra Redención se cumple de continuo en el misterio del Sacrificio eucarístico, en el que los sacerdotes ejercen su principal ministerio" (P O 13). Santo Tomás ya había dicho claramente que "el sacerdote ejerce dos actos: uno principal, sobre el Cuerpo de Cristo verdadero; otro secundario, sobre el Cuerpo Místico de Cristo. El segundo acto o ministerio depende del primero, pero no al revés" (S. Th., Supl. 36,21). *"Todo lo demás debe girar alrededor. Otras tareas: predicación, catequesis, etc... carecerían de base si no estuvieran dirigidas a encontrarse con El en el tribunal amoroso de la Penitencia y en la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario en la Santa Misa, que si es el centro y la raíz de la vida del cristiano, lo debe ser de modo especial de la vida del sacerdote"*^{47[47]}.

^{41[41]} El don de Esposo equivale al *opus operatum* que aseguran la Misa y los sacramentos a través del ministerio sacerdotal -y la infabilidad del Magisterio en determinadas condiciones- como oferta de salvación (de verdad y de vida). Pero ese don exige como condición de fecundidad salvífica la correspondencia de la Esposa con el suyo propio, aportando "lo que falta a la Pasión redentora de su Esposo". (Cf. Col 1,14). Tal es el don de la Esposa, que la teología sacramentaria ha expresado con el tecnicismo "*opus operantis*", que el Cc. de Trento expresa en términos negativos ("non ponentibus obicem") en relación con los sacramentos; cuyo paradigma supremo y trascendente es la cooperación de María en el misterio de la Alianza salvífica en la restauración de la vida sobrenatural, desde el "fiat" de Nazaret al Calvario.

^{42[42]} Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia, esposa del nuevo Adán*, en "Scripta Theologica XXVII (1995), 789-859". Una eclesiología eucarística, tan justamente favorecida en la *ortodoxia*, descubre, en virtud de esa presencia sacramental del cuerpo entregado del Señor la presencia de su cuerpo místico todo entero, o Iglesia universal, que "inest et operatur" (CD 11a) en las Iglesias particulares en las que se celebra la Eucaristía por el ministerio ordenado, "in quibus et ex quibus" vive la Iglesia universal, a cuya imagen -reflejando su multiforme diversidad de carismas- debe realizarse cada Iglesia particular (LG 23). *La eclesialidad no le hace al hombre. Sólo la recibe de ahí donde se encuentra*, de la comunidad sacramental del Cuerpo de Cristo que atraviesa la historia. Sólo en la unidad existe el uno, es decir, *en la comunión con los otros que también son cuerpo del Señor*. De ahí la necesidad de la comunión jerárquica con las otras comunidades (iglesias particulares) que celebran la Eucaristía, para que sea ésta legítima, pues todas deben hacerse de nuevo su Cuerpo participando en el Pan de vida (Cf. 1 Cor 10,17). *Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna*. Cfr. *Communio* notio "Institución de la Congregación para la doctrina de la fe" de 1994. *No es otra la razón formal del "munus petrinum"; asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia (SC10)*. El primado de jurisdicción de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvación como don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico. Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit. p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984.

^{43[43]} Cf. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 24.

^{44[44]} Cf. COLLANTES, *La Iglesia de la palabra*, II, Madrid, 1972, p. 177.

^{45[45]} Cf. Mt. 28, 18.

^{46[46]} Cf. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, p. 129 ss.

^{47[47]} J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amor a la Iglesia*, cit. Sobre las relaciones entre la Eucaristía y la penitencia, cfr. JUAN PABLO II RM

En el Sacrificio de la Misa la Iglesia se realiza a sí misma aportando el don de la esposa que coopera al don salvífico de Cristo su esposo. (Tal es el misterio de la Iglesia: la cooperación del hombre con el don salvífico de Cristo -en gracia y con la gracia- para que se realice la obra de la salvación). Todas sus otras actividades se ordenan de ella y de ella obtienen su eficacia salvífica. "La liturgia y en especial la Misa es la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (S C 10).

Todo el ministerio sacerdotal, por consiguiente, está ordenado o fluye del sacrificio de la Misa, que sólo el sacerdote puede realizar. Si hay una idea claramente establecida y reiterada en el último concilio es este. Resulta tragicómica la generalizada concepción sobre el ministerio y vida de los sacerdotes al margen del altar, propio de un "metaconcilio" que refleja una profunda crisis de fe y de identidad sacerdotal. La eficacia del ministerio sacerdotal está en el altar, depende de él, como la de Cristo dependió de la Cruz. "Todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado están íntimamente trabados en la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan. Así son ellos (los presbíteros) invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos, todas sus obras, en unión con el El mismo. Por lo mismo la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica" (PO 5).

Por eso "*en el ministerio del sacrificio eucarístico cumplen (los presbíteros) su principal ministerio*" (PO 13), "enseñan a fondo a los fieles a ofrecer a Dios Padre de la víctima divina en el sacrificio de la Misa, y hacer juntamente con ellos, la oblación de su propia vida" (PO 6).

La Iglesia no se edifica sobre comités, juntas o asambleas. La palabra y la acción de sus miembros salvarán al mundo en la medida en que estén conectados con el sacrificio redentor de Cristo, actualizado en el misterio eucarístico, que aplica toda su fuerza salvífica. Toda palabra que se oye en la Iglesia, sea docente, exhortativa, autoritativa o sacramental, sólo tiene sentido salvífico, y edifica la Iglesia, en la medida en que es preparación, resonancia, aplicación o interpretación de la "protopalabra"^{48[48]}: la palabra de la "anamnesis" ("hoc est enim corpus meum...") que hace sacramentalmente presente al mismo Cristo y su acción redentora eternamente actual, al actualizar el sacrificio del Calvario para que se realice la obra de la salvación con la cooperación de la Iglesia, su esposa.

25.

^{48[48]} La expresión es de K. RAHNER, en *Escritos de teología*, IV, passim.